—¿Vuestra madre ha trabajado en el teatro *Adelphi* como corista?

—Sí... Pero también ha declamado con gran éxito durante largo tiempo, y no hubiera abandonado el teatro á no ser por seguir al coronel Morgan.

—¿Vuestro padre?

—Mi padre. Hombre muy agradable y todo un caballero. Le conocí muy poco. Estaba casi siempre en la India.

—¿Por qué habéis ocultado vuestra historia hasta que la casualidad la ha descubierto?

—Porque todo eso no tiene importancia alguna para mí.

No la faltaba razón. Que fuese hija de una comedianta ó lo fuese de una gran señora, no por eso dejaba de ser lo que era: una criatura encantadora, nacida para amar y ser amada, que había entregado al Conde su hermosura, á cambio de un nombre y una fortuna. Esto era sencillamente lo ocurrido.

Si contrajo una deuda tan exorbitante, fué para poder pasar á los ojos de la sociedad por una gran señora y lograr su intento; si el joyero la concedió ese crédito, sería porque estaba seguro de que, con una hermosura como la de Elena, cobraría algún día. Roberto debía comprender muy bien que si no se había casado antes con algún lord millonario sería porque no hubiese encontrado uno que la agradase entre los muchos que la habían

hecho la corte, pues ella buscaba amor á la par que dinero.

—Os ruego—acabó por decir—que no me pongáis muy nerviosa, pues estoy á punto de daros un hijo, como sabéis, y pudiera suceder que la inocente criatura sufriera las consecuencias de cualquier disgusto mío...

Todo el sér del Conde se estremeció, y una especie de embriaguez se apoderó de sus sentidos al pensar en aquella criatura, carne de su carne, á quien estrecharía antes de muy poco entre sus brazos. Le adoraba cuando aún no había nacido, y se creía bastante recompensado de todos sus disgustos á la sola idea de ser padre. La esperanza de esta criatura le hizo olvidar los defectos de Elena, y no vió en ella ya más que á la madre de su hijo.

Sí, ese nombre de Elena, apesar de las intrigas que traía á su memoria, era ya al presente, sagrado para él. Dió al olvido todas las mentiras y todos los enredos que había descubierto para no acordarse más que del amor de aquella encantadora criatura, que iba á darle un hijo á quien querer con idolatría. Fué una niña la que vino al mundo, y el Conde de Montbrun, al día siguiente del nacimiento de Cipriana, reveló á su padre el secreto de aquel matrimonio que había tenido oculto por no desagradar á la Marquesa.

En uno de aquellos momentos de expansión que solía tener con su padre, para quien no guardaba

secretos, le refirió todo cuanto le había ocurrido desde el día en que conoció á las dos inglesas.

Al escuchar un relato tan funesto, el Marqués apesar de lo mucho que quería á su hijo, le trató con mucha severidad, cosa que no acostumbraba á hacer, y cubriéndose de mortal palidez, le dijo:

—Temo que hayáis confiado vuestro nombre á una aventurera, y casi estoy por considerar hoy como una dicha el que vuestra madre haya dejado de existir.

Añadió que no vería ni recibiría á la Condesa de Montbrun hasta haber quitado el luto por la Marquesa. Obrar de otro modo hubiera sido una ofensa á su memoria.

—Roberto asintió á todo, y viendo la severidad con que el Marqués le trataba, se limitó á preguntarle con lágrimas en los ojos:

—¿No me odiáis?... ¿No odiaréis tampoco á mi hija?

—¡Pobre hijo mío!—exclamó el Marqués fuera de sí;—y estrechando á Roberto con fuerza contra su corazón, se echó á llorar también. Por desgracia, no debía ser esta la última vez que lloraran juntos.

Elena Morgan, dueña de la situación, se había ensoberbecido.

Casada con el Conde, quería ser Condesa hasta que en su día fuese: Marquesa de Montbrun. La aventurera, que había recorrido el mundo de polo á polo para encontrar marido desplegaba ahora ante

Roberto, que seguía adorándola, todas sus gracias y seducciones, afectando un amor que estaba muy lejos de sentir, sin que por eso le ocultase que amaba también en él al descendiente de los Montbrun, que un día ú otro había de presentar en la sociedad á la hija del coronel Morgan.

A la par que el título estimaba la fortuna. A fuer de mujer práctica, estaba por lo positivo. Esperaría con paciencia á que el Marqués abriera las puertas á su nuera, permitiéndola además usar un título que ya la pertenecía.

Los meses trascurrían, y, sin embargo, el Marqués no se quitaba el luto. Un día que Roberto fué de improviso á casa de Elena, la encontró en su cuarto á solas con un hombre muy guapo, á quien le presentó como un amigo suyo. ¡Un amigo con quien se encerraba en su cuarto y del cual no habían hablado nunca al Conde! Apesar de su sangre fría y de su gran presencia de ánimo, Elena dejó adivinar en el primer momento, en el balbuceo de una primera explicación, un secreto más vergonzoso que el anterior, secreto que encendió el rostro de Roberto.

El hombre que allí estaba era una especie de empresario y de *Mime* (1), de nacionalidad dudosa. Nadie, ni aun él mismo, sabía dónde había nacido. Era uno de esos vividores que á creer lo que ellos dicen,

(1) Autor de comedias obscenas.

ni Mozart ni Beethoven han obtenido en toda su vida tantos aplausos, ni alcanzado la undécima parte de triunfos que estos artistas de pacotilla.

En la manera que tuvo de presentárselo su mujer y en la turbación de ésta adivinó el Conde una traición, bien que no supiera hasta qué punto insultante y vergonzosa. Hizo un esfuerzo supremo para no perder la razón y aparecer tranquilo, aunque sólo fuera en apariencia, hasta que se retirara aquel hombre, Baresco, como dijo su mujer que se llamaba.

Una vez solo con Elena la habló como hombre ultrajado, después de lo cual la manifestó que no quería escándalos; pero que su dignidad no le permitía continuar dándola el nombre de esposa, ni volverse á ocupar más de ella; que la dejaba en libertad para revolcarse á su gusto en el fango, quitándola á su hija para siempre y prohibiéndola terminantemente intentara dar á conocer á ésta, cuando fuera mayor, que tenía una madre tan degradada. La señaló una pensión para que pagase sus deudas y viviera con holgura donde mejor le acomodase; pero advirtiéndola que se la retiraría tan pronto como le molestara en lo más mínimo.

Efectivamente: una gran parte de la fortuna de Roberto pasó á manos de Elena, y el joven se conceptuó feliz con desembarazarse así de una mujer tan sin pudor, conservando además su tesoro, que era su hija.

Elena fué dichosa al verse dueña de una fortuna y en libertad de hacer lo que mejor la pareciese. La importaba muy poco abandonar á su hija, toda vez que salía bien pagada en aquella especie de venta que de ella hacía, y que podría volver de este acuerdo reclamando sus derechos cuando la conviniera.

Amó á Roberto en un principio, ó por lo menos la agradó éste; pero al presente sólo sentía el deseo de explotarle, deseo del que no desistiría nunca. ¡La que había convenido en un precio á cambio de quedarse sin su hija, y por consiguiente sin sus derechos de madre, capaz era de acceder á todo lo demás!...

Roberto corrió al viejo castillo de Melun, diciendo á su padre:

—El luto de mi madre durará toda la vida. No os presentaré jamás á la persona de quien habíamos hablado.

Era el Marqués hombre de mucha inteligencia, muy delicado y muy indulgente. Nunca preguntaba á su hijo nada; pero en los momentos de expansión que tenían entre ambos se comunicaban hasta lo más tribial é insignificante.

Roberto refirió en esta ocasión todo lo ocurrido á su padre, sin omitir ni el menor detalle.

El Marqués sufría horriblemeute al escuchar tanta infamia; pero no queriendo abrumar más á su hijo, á quien consideraba harto desgraciado, se limitó á decirle:

—Has estado metido entre canalla. ¡Pobre hijo mío!—Añadiendo:—¿No habría medio de salir de entre las garras de esa gente de baja estofa?... Consultaré á los abogados de nota; lo ensayaremos todo...

No podía dejar á su hijo á merced de tales gentes, y estaba dispuesto á hacer cuanto de él dependiese para su tranquilidad.

—¡El diablo cargue con esa bribona!—exclamaba.

Roberto le suplicó que guardase silencio y no se ocupase de este asunto, á fin de evitar el escándalo.

—Esa mujer—le decía—se conforma con llevar el nombre de Morgan y me ha cedido á su hija. ¿Qué más se puede pedir? Mi vida es triste, lo sé; pero mi hija y vos endulzaréis mi acibarada existencia.

Amaba locamente á su hija y eligió para criarla á unos antiguos servidores del Marqués que vivían en Villerville, su país, donde habían comprado un campo y una barca pescadora, y Cipriana crecía muy robusta á la orilla del mar en casa de los Ruaud.

Un día fué el Marqués á conocer á su nieta, y quedó absorto al notar el parecido de ésta con su hijo cuando era niño.

—Lo que consuela al hombre al llegar á la decrepitud—decía el Marqués—es que la vida que se

extingue se ve reproducida en la prole que uno deja.

De buen grado hubiera llevado consigo á su nieta; pero consideraba el disgusto que recibirían aquellas pobres gentes, que la querían más que si fuera su propia hija; además de que la niña, enfermiza de suyo, se iba desarrollando admirablemente merced á los cuidados de los Ruaud. A pesar de esto, pensaba constantemente en su nieta y decía á su hijo á menudo:

—Es preciso que Ciprianita venga á nuestro lado, porque, mirándolo bien, ¿qué debemos temer aquí? Además, tú no me bastas; eres ya muy viejo para que yo me entretenga contigo, y necesito á mi nieta, para que con sus juegos é infantiles caricias endulce los últimos días de mi existencia.

Tres años habían trascurrido sin que Elena Morgan diera señales de vida, y en este intervalo, Roberto, que había olvidado ya todas sus desventuras pasadas, se entregó en cuerpo y alma á nuevos amores; pero esta vez no era la embriaguez ni la fantasmagoría de poseer un hada durante una hora lo que le hubiese empujado á todas las locuras imaginables. No, no era esa especie de locura que enerva los sentidos y pone al hombre fuera de sí mientras dura su impresión.

Lo que sentía ahora era un amor muy profundo, lleno de pureza y de respeto. Lo que experimentaba por Gilberta era una ternura llena de timidez,

un afecto dulce y tranquilo. Era el amor de toda una existencia, sustituyendo al amor de una hora. La quería con efusión, pero la respetaba tanto como adoraba en ella. Comprendía que si no era rechazado le habría concedido Dios el privilegio de gozar de una dicha con la cual no había soñado, y esto, que lógicamente debiera alegrarle, le entristecía porque no se creía digno de tanta dicha.

Con la resignación de un mártir ahogaba en su pecho los latidos del corazón al pensar que Gilberta no podía ser para él más que una especie de hermana de la Caridad.

Cuando la encontró en las costas de Gracia debió haberla dicho que era casado y que aquella niñita era su hija. Esto hubiera evitado la mala impresión y las mil conjeturas que Gilberta formara al verle huir con tanta precipitación. El mismo amor que la profesaba le hizo huir despavorido á la sola idea de que la joven le retirase hasta la compasión que sentía por él... Pero... ¿y si ella le amaba? Este pensamiento le hacía estremecerse y tenía accesos de rabia contra sí mismo.

—¡Yo no era ya un niño...—se decía—no me han seducido! Fuí yo quien suplicó. Ella pretendería ser Condesa ó Marquesa, ¿quién sabe cuáles serían sus propósitos?... Pero la verdad es que me hizo casi una concesión al aceptar el título de Condesa. ¡Yo lo quise!...

Pensaba muchas veces en el divorcio; pero el escándalo que este paso podía producir le contenía. Parecíale estar viendo á la vieja Marquesa imponiéndole silencio con su severa fisonomía y diciéndole: «¿Vas á dar armas á los periodistas y á los maldicientes para que se ensañen en el nombre de tu familia?»

Veía poco á Gilberta y trataba de olvidarla, á fin de consagrar toda su vida y todo su cariño á la pequeña Cipriana; pero su estrella, que burlaba todos sus designios, hizo que el comandante Verdier, enemigo de toda intriga, fuera á Dammarie á presentar su candidatura á la diputación, al propio tiempo que el Marqués de Montbrun trataba de presentar la suya y cuando asuntos particulares obligaban á Roberto á visitar á la señora Herblay, encontrándose de nuevo á Gilberta en su camino.

Todos sus planes se desbarataron al ver á la joven.

Tenía el propósito, que descuidó al hallarse en presencia de Gilberta, de no volverla á ver, de olvidarla, si es que esto podía ser posible, y si Gilberta se casaba, tendría el consuelo, cuando fuera madre de familia, de decirla lo mucho que la había amado y lo feliz que hubiera sido uniéndose á ella. Esto creía el joven Conde que habría bastado para llevar á su alma la tranquilidad y el consuelo. Se imaginaba verse ya con el cabello blanco refiriendo á Gilberta, madre de familia, lo mucho que por ella había sufrido en silencio. Pero su entrevista con la jo-

ven en casa de Enriqueta le hizo volver á la realidad de las cosas.

Cuando se encontró á solas en su habitación, tan oscuro y sombrío vió su porvenir que le faltó poco para llorar. Parecía un prisionero á quien después de prometer la libertad se sumergiera en un calabozo más lóbrego aún, arrebatándole todo género de esperanza apropósito de esta libertad. Todas las esperanzas y dichas soñadas desfilaron de nuevo ante él en presencia de la joven; pero cuando volvió á encontrarse solo en su cuarto y echó una rápida ojeada á sus desventuras, comprendió el abismo en que había vuelto á caer.

Ensimismado se hallaba en estas reflexiones cuando un criado vino á anunciarle que el Sr. Marqués le esperaba con impaciencia. El joven bajó de sus habitaciones y se dirigió á las de su padre, entrando en el salón encarnado, donde, según el sirviente, le esperaba el Marqués. La humedad de aquel aposento, en donde estaba el retrato de su madre, que parecía hablar aún, y dirigirle tiernas pero severas miradas, hizo comprender al joven que algo grave acontecía, y que el abrirse aquel salón por primera vez después de la muerte de la Marquesa, era tan sólo para que fuera testigo de sus debilidades y con el fin de darle ánimos para resistir la noticia de alguna nueva desgracia.

La puerta se abrió; el Marqués, pálido como un muerto, adelantó hacia su hijo, y tendiéndole la

mano sin pronunciar una sola palabra, esperó á que el criado, que estaba descorriendo las persianas, saliese de la estancia.

El Marqués de Montbrun era hombre de unos sesenta y cuatro años, cargado de espaldas, de ojos azules y melancólicos, manos muy finas y maneras y exterior bastante rígidos. Envuelto en su larga levita, abotonada hasta el cuello, en uno de cuyos ojales se ostentaba una cinta encarnada, parecía uno de los miembros de la liga del siglo XVI vestido á la moderna y conservando su visible energía.

—Mi querido hijo—dijo bruscamente á Roberto cuando estuvieron solos,—tengo una mala nueva que darte...

—¿Sobre qué?—preguntó con ansiedad Roberto.

—¡Es un mal negocio! ¡Toma, lee esto que he recibido!

Metió la mano en el bolsillo de la levita y sacó de él una carta muy arrugada, que entregó á su hijo.—El Marqués la había estrujado con cólera al leerla.—Roberto se aterró cuando pasó la vista por ella.

Era una carta de Elena.

Pedía una entrevista al Marqués, pretextando tener que hablar con él de cosas muy serias, añadiendo que trataba de evitar un gran escándalo, que habría de perjudicar el buen nombre de los Montbrun, y que como ese nombre era el suyo (había subrayado las palabras «ese nombre») estaba tan inte-

resada como ellos en evitar el menor disgusto á la familia.

—¡La familia!—exclamó Roberto fuera de sí.

La carta estaba redactada en términos irónicos y amenazadores, añadiendo en ella que esperaría la respuesta del Marqués de Montbrun durante todo aquel día y el siguiente en el hotel del *Gran Monarca*, que estaba muy cerca de allí.

—Supongo que no habréis contestado nada.

—No, esperaba verte para decidir lo que convenía hacer, pues no sabemos qué intento será el suyo.

—¿Cómo?—respondió admirado Roberto.—¿Qué intento será el suyo?

—Sí, para mí es evidente que fragua alguna infamia y que corréis peligro tú y tu hija.

—No sabe dónde está Cipriana.

—Eso te figuras tú. El malvado no duerme cuando se trata de hacer daño. En fin: sea lo que fuere, es preciso escucharla y saber qué es lo que quiere, lo que espera... Yo tenía la esperanza, te lo confieso, de que no volvería á presentarse; pero me he equivocado. Es, pues, preciso tomar una determinación y escucharla.

—¿La recibiréis aquí? Eso no puedo consentirlo: la memoria de mi madre me lo impide. Profanaría este salón, en donde los pasos de la que está ahí presente se han deslizado tantas veces. Puesto que quiere hablar á un Montbrun, yo iré al hotel del *Gran Monarca* á hablar con ella.

Tomó su sombrero, que había dejado encima de una silla, y añadió, tendiendo la mano á su padre con cierta tristeza, en tanto que miraba fijamente al retrato de su madre:

—Hasta la vuelta; voy allá. Si fuera yo solo el que sufriera las consecuencias de mis locos devaneos; no lo sentiría; pero mi falta de reflexión os ha envuelto en ellos para haceros sufrir, y...

—¡Pobre hijo mío! Tu madre y yo tenemos en ellos nuestra parte de culpa, y sobre todo tu madre. No se puede sujear á un joven de tu edad de la manera que ella lo hizo contigo, porque resulta que en cuanto el joven tiene una hora de libertad, falto de experiencia, labra su desgracia y la de todos. La responsabilidad es de los padres; pero olvidemos el pasado y tratemos de remediar sus consecuencias en el presente lo mejor que podamos.—¡Tu mano abrasa!—dijo interrumpiéndose con cierto sobresalto.—¿Tienes fiebre?

—Quizás... Sí, acaso tenga algo de fiebre... No será nada.

—Cálmate; saldremos bien de todo, ¡qué diablo! —continuó el Marqués tratando de sonreir para tranquilizar á Roberto, aunque estaba tan intranquilo como él. Este salió en dirección del hotel más preocupado aún que si se encaminara á un duelo.

Al llegar al hotel, Roberto, preguntó por la señora Morgan y le contestaron que no sabían si había alguna viajera de este nombre. El joven se estre-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO